

El momento y la ternura (6)

Variaciones sobre tres cuadros de Edward Hooper

Excursion into philosophy (Hopper, 1959). Segunda parte

Hasta ahí llegó la magnitud de la fuerza centrípeta que provocó la cita. Sus cuerpos se separaron unos centímetros. Ella se bajó el vestido hasta la altura del monte de Venus y **se dio media vuelta como una niña mimada**. Él se puso los pantalones, los calcetines, los zapatos, la camisa, y la osadía que hasta entonces le había sobrado de boca y le había faltado en las piernas.

-Dime por qué crees que soy un arrogante fracasado. A diferencia tuya, yo no te tengo miedo. Estoy completamente seguro de que no me harás más daño que el accidente.

-Te equivocas. Lo haré. El accidente no tuvo la culpa de tu depresión, pero fue el mejor de tus pretextos. De no haber sido yo tu psiquiatra forense, probablemente hoy estarías cumpliendo condena por homicidio. Con un perfil psicológico tan transparente y caótico como el tuyo, ningún profesional hubiese apostado un céntimo a que la muerte del ciclista ocurrió sin querer. Todos habrían dictaminado que lo atropellaste adrede para justificar tus fracasos como deportista y como persona. Es lógico. Ya depresivo no tendrías por qué competir y, en consecuencia, tampoco que soportar el ridículo de tus derrotas. En otras palabras, a un narcisista inmaduro como **Eduardo Reina** le resulta más cómodo continuar siendo un líder aunque enfermo, que reconocer públicamente que no reúne las condiciones de un ganador. Y lo mismo aplícatelo a tu familia. Perderías un hijo mil veces antes que tu insignificante fama. Eres genéticamente incapaz de amar a alguien que no tenga tu cara. Cuando te conocí me diste pena. El número que montaste tras el accidente, gritando con los ojos cerrados durante toda la noche, sin soltar el mapa de las manos como si se tratase de un billete de lotería premiado, reconozco que fue muy bueno. Sin embargo, desde el principio supe que no habías olvidado montar en bicicleta, por la misma razón que no te has olvidado de follar, beber o comer. Porque no sabes hacer otra cosa. Eres un inútil. Un desastre. Pero te amo.

Eduardo sólo tuvo arrestos para asentir. **La verdad mata más que los cuchillos**. En cambio, su rigidez y estertores son transitorios. Pasados unos segundos, Eduardo recuperó el habla, la movilidad de sus extremidades y las ganas de seguir vivo. Con ella, claro. Con ella. Buscó en su dietario de justificaciones personales la más ajustada a la situación de crisis. Pero sorprendentemente halló el listín en blanco. A su derecha, abierto de par en par, tenía el mejor *vademecum* emocional jamás escrito: *Otelo* de Shakespeare. En él encontró las palabras prestadas que le hacían falta: “¡Si es que permaneces así cuando ya no existas, quiero matarte, para amarte después!”. **Elena** se levantó como un resorte, aterida.

-¿Qué has dicho?

-Que los dos tenemos que morir para amarnos. Primero, tengo que matar al Eduardo miserable que has descrito, y tú a la Elena desmedida, asfixiante y

esquizofrénica de la que me hablabas. Luego, deberé aprender a no desear más de lo que merezco, y tú a todo lo contrario, a querer a medias. A los dos nos aterra la infelicidad consentida y paradójicamente la hemos convertido en nuestro estado civil. Parecemos un par de yonkis enganchados a las hecatombes humanas. Y todo debe ser más sencillo, créeme. Contigo me siento distinto, feliz a secas, que no es poco.

-Y yo.

Se tomaron de la mano sin precauciones. De los ojos. De los labios. Y se despidieron hasta el día siguiente, lunes. Los lunes son asesinos por definición. La antigua Elena amaneció muerta en la cama. Igual le ocurrió a Eduardo. Eran las 7 de la mañana cuando, aún con los ojos velados, se fue directo hacia el armario a buscar un *maillot* y la ilusión que había perdido. Pospuso el desayuno. En realidad, modificó unilateralmente el *planning* de sus últimos años sin dar cuentas a nadie, ni a Elena siquiera. Quería darle una sorpresa. **Debe existir un modelo de telepatía entre enamorados que conjuga sentimientos con catástrofes**, porque Elena hizo lo mismo cambiando la ruta habitual para ir al trabajo. Recién despierta se enfrentó al espejo con una mueca nueva. Hasta esa mañana, solía usar el hieratismo fantasmal de **Gräfin Kasati** fotografiada por **Man Ray**. Ese lunes empleó una sonrisa idéntica a la de Eduardo sobre la bicicleta. Llevaba recorridos unos 20 Km cuando acometió la subida. Elena unos 30 al iniciar la bajada en su coche. Llevaba un siglo sin cogerlo para ir al trabajo. A mitad del puerto hay una curva en espiral en la que hace unos cuatro años hubo un gravísimo accidente. Un ciclista cayó despeñado por el barranco y el conductor del coche tuvo que ser ingresado en una clínica por depresión. Desde entonces cuelga un espejo cóncavo del lateral, los quitamiedos son de doble altura, y el peralte se prolongó con un apartadero. Ninguna de las tres medidas de protección pudo evitar que el coche de Elena tomara la curva a izquierdas chocando de frente con la bicicleta de Eduardo. La autopsia demostró que al tiempo del impacto ambos sonreían ignorantes.